



EN BUSCA DE NOSOTROS MISMOS. ACERCA DE LA NECESIDAD DE LA SABIDURÍA PARA EL HOMBRE DE HOY

*Liliana Beatríz Irizar**

*“... pensar con arreglo a algún principio,
a algo dentro de ellos que pueda armonizar
y hacer coherente lo de fuera.
Esta es la necesidad sentida por la gente que piensa”.*

Card. John Henry Newman

RESUMEN

En medio de una sociedad que nos invita constantemente a la extroversión, cabe preguntarnos si el encuentro con nosotros mismos a través de una actitud “interior” y reflexiva no puede representar un factor clave para detener, en alguna medida, el proceso de deshumanización que descompone a Occidente.

PALABRAS CLAVE

Sabiduría, virtud, humildad, templanza, interioridad, libertad, extroversión.

ABSTRACT

In the middle of a society that constantly invites us to be absent and distant, it seems relevant to ask, by means of a reflexive and interiorized attitude, if a way to find ourselves would be to stop the dehumanizing process that is depriving men of his essential human qualities, in western civilizations.

KEY WORDS

Wisdom, virtue, humility, temperance, inwardness, freedom.

* Docente investigadora de la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá. El presente ensayo representa uno de los resultados obtenidos en el proyecto de investigación *Humanismo cívico*, que desarrolla el grupo Lumen de la Escuela de Filosofía y Humanidades de la Universidad. Ha sido publicado en la revista CIVILIZAR N° 9, diciembre 2005, de la Universidad Sergio Arboleda, la cual autoriza la publicación del artículo por la revista Escritos, de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Dirección electrónica: ivan.carmona@upb.edu.co

Artículo recibido el día 25 de julio y aprobado por el Comité Editorial el día 24 de agosto de 2007.

1. *“Vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros”*

“Pero no hemos de seguir los consejos de algunos que dicen que, siendo hombres, debemos pensar sólo humanamente y, siendo mortales, ocuparnos sólo de las cosas mortales, sino que debemos, en la medida de lo posible, inmortalizarnos y hacer todo esfuerzo para vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros...”¹. En esta sugerente invitación de Aristóteles queda expresado el núcleo de lo que pretendo sustentar en las páginas que siguen. Me propongo defender la urgente necesidad que tenemos todos de conceder a la sabiduría un lugar central en nuestras vidas.

Advirtamos, en primer lugar, que Aristóteles al decir “sólo humanamente” se está refiriendo a lo “humano” como sinónimo de la vida puramente práctica o política –que desde luego, en él es vida virtuosa y por lo mismo, excelentemente humana–por contraposición a lo “divino” que hay en nosotros, y que consiste en la posibilidad de dedicarnos a la contemplación o sabiduría; actividad, en rigor, privativa de Dios y por eso, más sublime que la meramente vida humana activa. De modo que la propuesta aristotélica nos resulta hoy bastante incomprensible porque nuestra cultura, en general, trata de persuadirnos para que vivamos a impulsos del instinto, quiero decir de una

¹ ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*; Tr. J. Palli Bonet, Madrid, Gredos, 1993, X, 1177b30-1178a 5.

manera muy inferior a la humana. ¿Qué otra cosa son sino, las propuestas unilaterales que se centran exclusivamente en el cuerpo: salud, belleza, placeres cada vez más sofisticados? Pero esta circunstancia ratifica aún más la significativa repercusión ética y política que se seguiría de recordar lo que constituye definitivamente nuestra humana identidad: la función más elevada –"lo más excelente"–que poseemos, nuestra inteligencia. Gracias a ella, el alma racional adquiere dimensiones en cierta manera infinitas porque, además de ser lo que es en virtud de su naturaleza específica, puede llegar a ser intencionalmente todas las cosas y hacer suya la perfección del universo². Porque por medio de ese diálogo silencioso con lo real que el conocimiento representa, el ser humano consigue autocomprenderse y construir la singular identidad de su ser. Asumir la propia existencia configurándola desde del núcleo de nosotros mismos, es a lo que estamos naturalmente llamados; y, sin embargo, no solemos frecuentar, ni menos, "habitar" nuestro hogar natural.

En este sentido comenta la filósofa judía alemana santa Edith Stein "... que cuando el alma está recogida en su interior es cuando propiamente se encuentra en su casa. Pero, por extraño que parezca, por lo regular el alma no está en casa. Hay muy pocas almas que viven en su interior y de su interior; y todavía muchas menos las que viven así de una manera permanente"³. Se trata de la riquísima actividad del espíritu que entraña unas exigencias propias si pretendemos vivir, hasta las últimas consecuencias, según lo que somos: seres autoconscientes y naturalmente idóneos para contemplar la verdad. Y, en realidad, lo que se encuentra por debajo de este

² "(...) los seres dotados de conocimiento se diferencian de los que no lo tienen en que estos últimos no poseen más que su propia forma, mientras que los primeros alcanzan a tener, además, la forma de otra cosa, ya que la especie o forma de lo conocido está en el que lo conoce. Por eso se echa de ver que la naturaleza del ser que no conoce, es más limitada y angosta, y, en cambio, la del que conoce, es más amplia y vasta..." Aristóteles, *Acercas del alma*, Tr. Tomás Calvo Martínez, Madrid, Gredos, 1978, *De An.*, III, 6, 430b21-25.

³ SANTA EDITH STEIN, *Obras selectas. Ciencia de la cruz*; Burgos, Editorial Monte Carmelo, 1998, pp. 505-506.

nivel vital, no da cuenta de mi identidad más profunda; de manera, que toda actividad psíquica que no apunte, como a su meta definitiva, a la reflexión sapiencial, me sitúa, en último término, “muy lejos de mí mismo”, lo que supone, como es natural, una honda insatisfacción.

Pienso que es en este “vivir como de prestado” donde es preciso buscar la causa decisiva de nuestra fragilidad intelectual y ética; vulnerabilidad, que nos deja inermes, entre otras cosas, ante la manipulación ideológica procedente del tecnosistema –Estado, mercado y medios de comunicación–. La misma Edith Stein continúa diciendo que sólo desde el centro más profundo del “yo”, es decir, desde el interior de uno mismo, “es posible un trato auténticamente humano aun con el mundo; sólo desde allí puede hallar el hombre el lugar que en el mundo le corresponde”⁴.

Para “volver a casa”, esto es, para poder reencontrarnos a nosotros mismos –y poder desde ahí establecer lazos efectivamente humanos con los demás– es urgente “despertar del sueño de la razón”⁵ científica y pragmática, y redescubrir el valor de la reflexión sapiencial; lo que supone afirmar la necesidad de recuperar la educación en la virtud.

El propósito de estas páginas se dirige, entonces, a dejar apuntadas algunas inquietudes en torno al tema de la relevancia de la sabiduría para la vida individual y comunitaria.

2. *¿Qué significa ser sabio?*

Ante todo, conviene tener presente que existen diferentes niveles o grados de sabiduría. Dichos niveles van desde la sabiduría del hombre sencillo que

⁴ Ibid. p. 508.

⁵ Cf. LLANO, A., *Sueño y vigilia de la razón*, Pamplona, EUNSA, 2001, cap. 1.

es capaz de referir todas las cosas a una causa última hasta la sabiduría de quien, gracias a sus dotes naturales y éticas enriquecidas con una sólida formación académica, tiene la capacidad de dar una explicación cada vez más profunda y precisa del origen y sentido de todo lo que es. En todo caso, lo que define la capacidad de reflexión sapiencial, radica en esa aptitud del ser humano que le permite plantearse cuestiones fundantes acerca de la existencia y, de modo particular, de la propia existencia, con el fin, ciertamente, de encontrar una respuesta definitiva a las mismas. Bajo este punto de vista, se comprende con facilidad que la sabiduría constituye una vocación común a todo hombre y mujer. Tal como ha enseñado Juan Pablo II, "... el hombre busca un absoluto que sea capaz de dar respuesta y sentido a toda su búsqueda. Algo que sea último y fundamento de todo lo demás. En otras palabras, busca una explicación definitiva, un valor supremo, más allá del cual no haya ni pueda haber interrogantes o instancias posteriores. Las hipótesis pueden ser fascinantes, pero no satisfacen"⁶.

Por medio de la meditación sapiencial, el ser humano se plantea, por tanto, la pregunta por el significado último de todos sus actos y aspiraciones; en suma, se interroga por el sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte; interrogantes que lo conducirán -bajo la condición de ciertas disposiciones intelectuales y morales- al Absoluto, a Dios, a quien podrá reconocer como principio y fin o bien supremo⁷ de todo lo creado.

Sin embargo, no siempre nos encontramos tan preparados ni dispuestos para ejercitar este tipo de pensamiento, para eso hacen falta unas disposiciones, precisamente aquellas que nos permiten habitar "en nuestra propia casa". En el siguiente apartado abordaré algunas de las cualidades habituales que "preparan el camino" que nos conduce a este modo auténticamente humano de desplegar nuestro pensamiento.

⁶ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Fides et ratio*; Madrid, San Pablo, 1998, n° 27.

⁷ ARISTÓTELES, *Metafísica*; Ed. trilingüe por Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1990², XI, 7,1064a35-1064b5.

3. *Íntima conexión entre algunas virtudes morales y la sabiduría*

Entre las virtudes morales he elegido aquellas que, creo, guardan una relación más directa y manifiesta con el conocimiento sapiencial, sin, por eso, excluir la necesaria presencia de las restantes virtudes morales; sin embargo, ocuparme de todas ellas, así como de la prudencia, excedería los límites de este trabajo. Me centraré, por tanto, únicamente en la humildad y en la templanza.

3.1. *La humildad condiciona el encuentro con la verdad sapiencial*

El sentimiento de admiración que está en el inicio de toda reflexión sapiencial sólo es posible gracias a una actitud fundamental de humildad: el reconocimiento de la propia ignorancia⁸ y de los límites de la propia inteligencia.

Es así como el ser humano queda radicalmente capacitado para avanzar en el camino que lo conduce al hallazgo de respuestas cada vez más fundantes, pues, gracias a la humildad, somos conscientes de la riqueza insondable de la realidad y, al mismo tiempo, de la limitada capacidad del entendimiento humano para abarcar y penetrar dicha realidad en toda su complejidad y amplitud. La persona humilde sabe que detrás de cada interrogante resuelto late una nueva pregunta que le incita a avanzar respetuosa y atenta por los senderos que cosas, hechos y personas le señalan. El humilde es, por consiguiente, sumamente dócil, esto es, habitualmente dispuesto a dejarse enseñar por la realidad y por los demás.

Su connatural experiencia de la verdad –ya que el humilde vive en la verdad debido a la estimación verdadera que posee de sí mismo y de sus

⁸ ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 2, 982b15-20: “Pero el que se plantea un problema o se admira reconoce su ignorancia”.

capacidades, así como de la riqueza inabarcable del ser—le conduce como de la mano al reconocimiento de la Verdad Suprema, origen y explicación última de toda verdad. El sabio, en efecto, gracias a esa connaturalidad, ama intensamente la verdad y, por eso, sabe sondearla casi instintivamente en los seres concretos⁹. Porque, de suyo, “cada cosa en su propia lengua, todo habla del Ser absoluto, de la Verdad primera, fuente abundosa de ser, de verdad, de bien...”¹⁰.

Para comprender mejor por qué esta virtud constituye algo así como el preludio de la sensatez y de toda búsqueda sincera de la verdad, vamos a ocuparnos de dos vicios que esta virtud corrige: la soberbia u orgullo que es el anhelo desordenado de la propia excelencia¹¹. El deseo desmesurado de sobresalir, de estar por encima de todos lleva al soberbio a juzgar falsamente de sí mismo y de los demás, pues, se estima en más de lo que es y superior a los otros, buscando, por lo mismo, grandezas que lo superan¹². Podemos decir que el soberbio no concibe que alguien pueda superarlo en excelencia, por eso, consciente o inconscientemente, rechaza a Dios, porque no admite su absoluta superioridad y, consiguientemente, se niega a someterse a él¹³ y, con mayor razón, a otras personas.

⁹ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Fides et ratio*; Madrid, San Pablo, 1998, p.35: “(con la lectura del maravilloso libro de la naturaleza) mediante los instrumentos propios de la razón humana, se puede llegar al conocimiento del Creador. Si el hombre con su inteligencia no llega a reconocer a Dios como creador de todo, no se debe tanto a la falta de un medio adecuado, cuanto sobre todo al impedimento puesto por su voluntad libre y su pecado”.

¹⁰ CARDONA, C. *Metafísica de la opción intelectual*; Madrid, Rialp, 1969, p. 40.

¹¹ Texto latino de la edición crítica Leonina, Trad. y anotaciones por una comisión de los PP. Dominicos presidida por F. Barbado Viejo O.P., 16 vol., Madrid, 1950-1964, II-II, q.162, a.2.

¹² S.Th., II-II, q.162, a.3, ad.2: “La humildad se fija en la regla de la razón para pensar con moderación acerca de sí mismo. La soberbia, en cambio, no hace caso de ella, sino que la traspassa, creyéndose más de lo que es. Este juicio procede del apetito de la propia excelencia, pues lo que se desea con ardor fácilmente se cree; y es también la fuerza que arrastra al hombre a aspiraciones demasiado altas, y todo cuanto la fomenta la induce a soberbia”.

¹³ S.Th., II-II, q.162, a.5 y a.6.

Pero también nos puede situar muy lejos de la verdad la presunción; esta actitud está en la base de un error “muy moderno” y raíz de muchos otros, pues, conduce a creer que sólo es verdad lo que el limitado entendimiento humano puede llegar a comprender: “Algunos, en efecto, presumen tanto de su ingenio que consideran que su intelecto puede abarcar toda la naturaleza de las cosas, esto es, juzgan ser verdadero todo lo que ellos comprenden, y falso lo que ellos no comprenden”¹⁴.

De manera que la humildad nos permite avanzar hacia la sabiduría en la medida que nos lanza por los senderos de la auténtica “inteligencia”; es decir, en la misma proporción en que nos libra del orgullo y de la arrogancia, claras señales de insensatez.

3.2. La templanza: fuente de lucidez y de sosiego interior

Para comprender la importancia que la templanza tiene en la adquisición de este arte de pensar con reflexiva profundidad, será necesario distinguir conceptualmente los aspectos –inseparables en la práctica–bajo los cuales esta virtud influye favorablemente en el acto de conocimiento intelectual.

Por un lado, de ella depende fundamentalmente la tranquilidad o paz que el alma necesita para dedicarse eficazmente a la contemplación de la verdad. Si bien, todas las virtudes morales, al moderar de un modo u otro las pasiones producen la tranquilidad en el alma, no obstante, este efecto va unido particularmente a la templanza.

¹⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra los gentiles*; Edición dirigida por los P.P Laureano Robles Carcedo y Adolfo Robles Sierra, Introducción general por el P. J.M. Garganta, 2 vol, Madrid, BAC, 1967-1968. I, 5.

Esto se debe a que la materia propia de esta virtud son los placeres sensibles que acompañan a la satisfacción de tendencias vitales básicas –las de la supervivencia y la reproducción¹⁵–, y tales placeres son los más aptos para alterar muy intensamente el alma porque son los más connaturales¹⁶ a la naturaleza sensible. Por otra parte, como toda acción deleitable atrae hacia sí la atención del alma, tanto más lo hará cuanto más placentera sea. Por eso, cuando la afectividad tiende desordenadamente a estos placeres, se puede decir que todo nuestro ser queda volcado casi íntegramente sobre los objetos que le causan placer. El resultado que se sigue de esto es manifiestamente el desorden, la anarquía que reina entre las funciones psíquicas como la imaginación y la memoria, que no logramos que “estén donde tienen que estar”. Dicho en pocas palabras, la falta de educación de estas tendencias básicas genera agitación, inquietud que, a nivel del pensar, se trueca en distracción. La moderación emocional que implica, en cambio, esta cualidad habitual –que de ninguna manera anula el placer, sino que lo “humaniza” y, por consiguiente, lo sublima–, trae consigo la paz, es decir, “la tranquilidad del orden”¹⁷; orden entre nuestras funciones anímicas¹⁸.

Pero la templanza contrarresta, también, otro efecto propio de una sensualidad descentrada: el embotamiento de la inteligencia. Como explica

¹⁵ S.Th., II-II, q.141, a.4.

¹⁶ Se ha de tener presente, en efecto, que “(...) siendo así que el deleite brota de una operación connatural, es tanto más vehemente cuanto deriva de actos más naturales”. S.Th., II-II, q.141, a.4.

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*; Madrid, BAC, 1988, T.XVII, XIX, 13: “La paz del alma irracional es la ordenada quietud de sus apetencias. La paz del alma racional es el acuerdo ordenado entre pensamiento y acción (...) La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden”.

¹⁸ “Las cosas que son objeto de esta virtud son más aptas que cualquier otra para producir turbación en el espíritu, porque forman parte de la misma naturaleza humana. Con razón, pues, la tranquilidad de alma se atribuye a ella en su sentido de excelencia, aunque sea cierto que de algún modo cabe aplicarla a todas las virtudes”. S.Th., II-II, q.180, a.5, ad.2.

magistralmente Santo Tomás, embotado o romo¹⁹ es lo contrario de agudo. Y que algo sea agudo significa que tiene poder para penetrar (o cortar); contrariamente, lo romo no sirve para penetrar. Esta cualidad que se aplica propiamente a las cosas (un cuchillo, por ejemplo) por semejanza se extiende también a los sentidos. Decimos tener, por ejemplo, un oído o vista agudos cuando captamos con finura las mínimas impresiones que los afectan. Trasladando estas características al entendimiento, diremos que éste es agudo, cuando es “penetrante”, capaz de llegar con relativa facilidad hasta “el corazón de las cosas”, en expresión de Pieper. Por el contrario, el entendimiento embotado “...no llega a conocer la verdad de una cosa sino después de muchas explicaciones, y ni aún entonces puede llegar a la perfecta consideración de todo lo que pertenece a la esencia de la cosa”²⁰. Pues bien, una causa bastante frecuente de pérdida de agudeza de nuestra percepción intelectual suele ser la alteración habitual de la imaginación y de la memoria que entretenidas en lo placentero, a su vez, sumergen a la inteligencia en la materialidad de imágenes y recuerdos. Resulta, efectivamente, muy difícil para la razón trasladarse más allá de lo tangible cuando está muy acostumbrada a frecuentar, casi exclusivamente, el estrecho y empobrecedor campo que le marca la sensualidad.

4. *¿Por qué nos cuesta tanto habitar en “nuestra propia casa”?*

He tratado de fundamentar filosóficamente la crucial función “espiritualizante” que cumplen dos virtudes morales, ciertamente hoy no

¹⁹ Embotado es una de las posibles traducciones del vocablo latino *hebes* que literalmente equivale al término castellano *romo*: “**hebes**, etis, abl. hebete // 1. embotado, que ha perdido su punta (...) // 2. fig. embotado, que carece de penetración, de agudeza, de fineza...”. “**hebes**, etis, abl. hebete // 1. émoussè, qui a perdu sa pointe (...) // 2. fig. émoussè, qui manque de pénétration, d’acuité, de finesse...” F. GAFFIOT, *Dictionnaire Latin Français*; Paris, Hachette, 1934.

²⁰ S.Th., II-II, q.15, a.3.

muy en boga. Es posible que, precisamente, en el actual desconocimiento de la relevancia antropológica de estas virtudes y de la virtud en general, estribe buena parte del proceso de deshumanización que hiere profundamente a nuestra cultura. Proceso inseparable del empeño sistemático –denominado secularización– que se propone “borrar” a Dios de los diversos sistemas e instituciones; estrategia previa que apunta a un objetivo más radical: “declararlo ausente” de las mentes y de los corazones humanos.

Pienso, entonces, que esa deshumanizante superficialidad –directamente enlazada con el abandono de la “inteligencia meditativa”, tal como la denomina Alejandro Llano– hunde sus raíces más hondas en el suelo de la ética. Para confirmar esto que acabo de decir repasemos las dos virtudes analizadas y los vicios que se les oponen.

Habitamos en un mundo que ha conseguido que vivamos falsamente convencidos de nuestra autosuficiencia. En realidad, las causas de este error son casi tan antiguas como el hombre, pero no podemos negar que diversos factores de tipo ideológico y sociológico cuyos orígenes se remontan a la modernidad, han radicalizado esta tendencia. En último término, la atmósfera intelectual que respiramos se encuentra enrarecida por el predominio de un presuntuoso agnosticismo; talante característico de quien –diremos con Santiago Kovadloff– “sobrestima el poder de sus facultades comprensivas y homologa el campo de lo real sólo a lo que a él le ha sido dado concebir como tal”²¹.

Lo cierto es que tanto la capacidad de asombro como el reconocimiento realista de nuestra indigencia esencial; es decir, la convicción profunda de que somos seres necesitados –de los demás pero, ante todo, de Dios–, no constituye una actitud que caracterice, por lo común, al hombre de hoy. Pero decíamos al hablar de la humildad, que precisamente esas disposiciones –que configuran desde dentro al hombre humilde– constituyen el preámbulo

²¹ KOVADLOFF, S, *El silencio primordial*; Buenos Aires, Emecé Editores, 1993, p. 113.

de una reflexión sapiencial. Esto es, de un pensar que es capaz tanto de reverenciar lo real como, y por la misma razón, de percibir lo esencial. El significado profundo de la propia vida y de todo lo que hacemos, así como la posesión de una clara estimación del valor incomparablemente mayor que corresponde a las personas frente a las cosas, son dimensiones de la existencia que únicamente gustan revelarse a una inteligencia anhelante de verdad y sumisa ante el sentido último de las cosas. Y el infinito respeto por el otro... sin duda brota también de la sencillez que sabe ver en los demás lo esencial, su condición de “otro yo”, esto es, alguien que es “fin en sí mismo”, y a quien jamás me estará permitido tratar sólo como medio por ser imagen del Absoluto. Pero también la mirada sapiencial sabe captar lo sustancial del propio ser; no se deja, por eso, “cosificar” por los medios o el mercado.

Y si nos fijamos en la templanza, constatamos de modo más contundente hasta qué extremo todo lo que nos rodea está tercamente dispuesto para desalojarnos de nosotros mismos. Las sugerentes invitaciones a disfrutar sin límites representan un avasallamiento de la propia intimidad, porque se ha conseguido institucionalizar la perpetua distracción de la persona a través de imágenes, de atrayentes sugerencias que nos convocan a sentir, experimentar, probar, poseer... En una palabra, el culto a los sentidos, que de hecho constituyen un punto de partida para la reflexión sapiencial pero que en sí mismos distan de ella tanto como la materia se aparta del espíritu y, por eso, lo perturban y entorpecen cuando no están a su servicio.

Entonces, en una cultura que se esmera por mantener a la sensibilidad en un estado casi permanente de sobreexcitación ¿nos puede resultar extraño la “falta de concentración”? ¿Una “patología” cada vez más común especialmente entre los jóvenes y a la que la sabiduría aristotélica ofrece una interesante e indiscutiblemente útil respuesta: “(...) la razón conoce y piensa cuando está en reposo y quietud...”²².

²² ARISTÓTELES, *Física*; Trad. G. Echandía, Madrid, Gredos, 1995, VII, 3, 247b10-15.

Además, la falta de templanza sesga nuestra captación de lo real en la medida en que, bajo el influjo materializante de la sensualidad, tanto las personas como las cosas terminan siendo percibidas desde un ángulo exclusivo: el del deleite y el de la utilidad personal. Creo, por eso, que la búsqueda desmedida de placer representa un desorden ético especialmente apto para volvernos insensibles ante lo primordial: el valor infinito de las personas y el deber insoslayable de cuidarlas y asistirles cuando lo necesitan. De ahí que exista una conexión nada casual entre el despilfarro consumista de unos pocos, y el sobrecogedor abismo de miseria en el que día a día se van sumergiendo los “otros”, los olvidados, los excluidos de la tierra.

Conclusión

La vida contemplativa: un refugio para la libertad y la esperanza

“El conocimiento sapiencial –escribe A. Llano–no resbala por la superficie del objeto, sino que pugna por penetrar en la realidad misma como por connaturalidad, es decir, tratando de vibrar con ella en semejante longitud de onda, adoptando su mismo latido”²³. Sintonía con las cosas, empatía con las personas que, paradójicamente, sólo se consume cuando logramos vivir en lo más profundo de nosotros mismos, “en nuestra casa”. De ahí que la verdad que se desvela al sabio no permanece en ningún momento libre de connotaciones morales, sino que se mantiene supeditada a una exigencia ineludible: la posesión de un modo de ser virtuoso por parte del sujeto cognoscente. Por las escalas de la ascesis virtuosa, lo hemos visto, pasa ese nivel supremo de despliegue de nuestra actividad intelectual que llamamos reflexión sapiencial; es decir, la aptitud que nos permite situarnos más allá de las ruidosas apariencias habilitándonos para capturar

²³ LLANO, A., *La vida lograda*; Barcelona, Ariel, 2003, p. 161.

“dimensiones que ya no son interiorización de la opinión pública, sino presencias reales, epifanías de la realidad misma”²⁴.

Se puede inferir de lo dicho que en esta captación de lo real sin “mediaciones” que tiene lugar en el interior del hombre culto – “cultivado” – se decide también el afianzamiento de la propia libertad. Así como la ascesis virtuosa es condición que permite acostumbrar a la mirada intelectual a detenerse en lo esencial; a su vez, este modo de vivir y pensar desde la entraña del propio ser, favorece el arraigo de nuestra libertad.

Libertad, ante todo, de uno mismo porque únicamente cuando moramos de modo habitual en el núcleo irreductible de nuestro ser, nos disponemos a optar por acciones humanamente valiosas, es decir, liberadoras. Efectivamente, para liberarnos de aquellas opciones que nos empequeñecen y nos van configurando, poco a poco, como individuos afectivamente volubles y socialmente raquíuticos, es necesario implicarse en un verdadero autoaprendizaje: el entrenamiento ético exigido por la adquisición de hábitos buenos. Y el primer gran paso para decidirse por un modo de vida que merezca la pena ser vivida lo constituye la capacidad de reflexión a través de la cual distinguimos, primariamente, el bien del mal y, lo que es más importante, conseguimos percibir la relevancia ética que encierra anteponer a las acciones simplemente buenas, las excelentes o mejores. Las resoluciones firmes –fuente definitiva de donde brota la excelencia habitual– jamás se consuman, por eso, en la periferia del propio ser, sino “dentro”, es decir, al abrigo de una meditativa “interioridad”; el único lugar en donde es posible reflexionar. El camino liberador que nos conduce al encuentro con lo mejor de nosotros mismos, con lo auténticamente humano, pide ser recorrido en esta dirección. La extroversión, al arrojarnos fuera de la intimidad de nuestro ser interior, resulta francamente deshumanizante. “¿De qué es capaz la humanidad sin interioridad? –preguntaba Juan Pablo II a los jóvenes españoles en Cuatro Vientos–. Lamentablemente, conocemos muy bien la

²⁴ Ibid. p. 162.

respuesta. Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad”²⁵. El hombre interior, por el contrario, mediante la “apropiación” de sí mismo conquista una sabiduría práctica o prudencia que lo habilita para dar lúcida y eficazmente con aquello que ansía nuestro ser más profundo: todo lo verdadero, bueno y bello por lo que, en definitiva, merece la pena decidirse y vivir.

De la sabiduría de un pueblo depende asimismo la medida y la madurez de su libertad cívica. Una existencia “periférica” da paso a personalidades intelectualmente pobres y éticamente inconsistentes y, consiguientemente, fácilmente manipulables; por eso, en las sociedades en donde faltan los criterios fraguados a través de la reflexión sosegada y el diálogo serio, difícilmente se forja una ciudadanía libre. La libertad de un pueblo no se zanja, como es obvio, simplemente mediante el reconocimiento normativo de los derechos individuales. Muy a pesar de las garantías constitucionales, una ciudadanía “no pensante” está condenada a la opresión; “dulce o blanda” esclavitud que magníficamente describió Tocqueville como aquella que le corresponde a un pueblo sometido a “un poder inmenso y tutelar que se encarga sólo de asegurar sus goces y vigilar su suerte [de los ciudadanos]”²⁶ y: “De este modo, hace cada día menos útil y más raro el uso del libre albedrío, encierra la acción de la libertad en un espacio más estrecho, y quita poco a poco a cada ciudadano hasta el uso de sí mismo”²⁷.

Si aseguramos, en cambio, la mirada contemplativa –es decir, la puesta en acto del hábito intelectual de la sabiduría–nos situamos en la vía de la emancipación ciudadana auténtica. Hoy más que nunca los hombres y mujeres necesitamos conocer la verdad sobre nosotros mismos; con urgencia

²⁵ JUAN PABLO II, Vigilia de oración con los jóvenes españoles en el aeródromo de Cuatro Vientos, 3 de mayo 2003; *L'Osservatore romano*, 9 de mayo de 2003, p. 7.

²⁶ TOCQUEVILLE, A., *La democracia en América*; Tr. L. Cuellar, México, Fondo de Cultura Económica, 1957², segunda reimpresión, 2000, p. 633.

²⁷ Ibid. p.634.

debemos abrirnos a la verdad sobre la persona, su valor sagrado e indisponible, si no queremos sucumbir bajo el materialismo y sus imperativos que son la injusticia, la insolidaridad y la violencia. La autonomía que la actitud contemplativa nos puede deparar radica en ser capaces de separar eficazmente el propio espíritu de las consignas individualistas, por un lado, y de los propósitos de poder, por el otro; pretensiones frente a las cuales la íntima verdad de las cosas enmudece y se resiste a revelarse. Se trata de la auténtica y siempre fecunda libertad para, que despunta al comprender quiénes somos y va madurando en la medida en que alcanzamos a intuir el designio de plenitud personal y comunitaria al que estamos llamados. Libertad para²⁸ o ejercicio de nuestra facultad de elección gracias al cual somos capaces de asumir lo “común” como “propio” y nos disponemos a aquilatar nuestras metas y proyectos revistiéndolos de la lógica del compromiso y de la donación. Libertad positiva que impulsa a implicarse en “la realización de proyectos que me comprometen de manera estable y que –antes incluso de alcanzar los niveles propiamente económicos o políticos– me vinculan a comunidades humanas en las que no sólo considero las posibilidades de aumentar mis beneficios, mi poder o mi influencia, sino que me doy cuenta de la necesidad que muchas personas tienen de ser cuidadas, de recibir un trato diferenciado y digno”²⁹.

Incuestionablemente, entonces, “... quien en medio de un espacio vital (...) configurado, por divisas, consignas y noticias utilitarias –ha enseñado Pieper–lograra mirar impávido el estado real de las cosas... ese tal se habría reservado un sector de libertad”³⁰. Tendría asegurada la única región en la que es posible aventurarse a pensar y vivir a partir de sí mismo; aquel recinto –el de la interioridad–en el que gusta cobijarse la libertad y en el que todavía se atreve a palpar la esperanza.

²⁸ LLANO, A., *El futuro de la libertad*; Pamplona, EUNSA, 1985, pp. 79 y ss.; *Humanismo cívico...* pp. 80 y ss.

²⁹ LLANO, A., *La vida lograda*; Barcelona, Ariel, 2003, p. 111.

³⁰ PIEPER, J., *Defensa de la filosofía*; Barcelona, Herder, 1989, p.50.

Bibliografía

ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*; Trad. J. Pallí Bonet, Madrid, Gredos, 1985, 3ª reimpresión.

—————, *Física*; Trad. G. Echandía, Madrid, Gredos, 1995.

—————, *Metafísica*; Ed. trilingüe por Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1990²

CARDONA, C., *Metafísica de la opción intelectual*; Madrid, Rialp, 1969.

GAFFIOT, F., *Dictionnaire Latin Français*; Paris, Hachette, 1934.

JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Fides et ratio*; San Pablo, 1998.

—————, Vigilia de oración con los jóvenes españoles en el aeródromo de Cuatro Vientos, 3 de mayo 2003; *L'Osservatore romano*, 9 de mayo de 2003.

KOVADLOFF, S., *El silencio primordial*; Buenos Aires, Emecé Editores, 1993.

LLANO, A., *El futuro de la libertad*; Pamplona, EUNSA, 1985.

—————, *Humanismo cívico*; Barcelona, Ariel, 1999.

—————, *La vida lograda*; Barcelona, Ariel, 2003.

NEWMAN, J.H., *Parochial and Plain Sermons VI, n° 7*; 9-IV-1841; en *Las armas de los santos*; Madrid, Ediciones Palabra; Tr. J. Morales, 2002, p. 22.

PIEPER, J., *Defensa de la filosofía*; Barcelona, Herder, 1989.

SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*; Madrid, BAC, 1988.

SANTA EDITH STEIN, *Obras selectas. Ciencia de la cruz*; Burgos, Editorial Monte Carmelo, 1998.

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra los gentiles*; Edición dirigida por los P.P Laureano Robles Carcedo y Adolfo Robles Sierra, Introducción general por el P. J.M. Garganta, 2 vol, Madrid, BAC, 1967-1968.

—————, *Suma teológica*; Texto latino de la edición crítica Leonina, Trad. y anotaciones por una comisión de los PP. Dominicos presidida por F. Barbado Viejo O.P., 16 vol., Madrid, 1950-1964.

TOCQUEVILLE, A., *La democracia en América*; Tr. L. Cuellar, México, Fondo de Cultura Económica, 1957², segunda reimpresión, 2000. 